

Nº 1

PARROQUIA DE SAN
FRANCISCO DE ASIS
FRANCISCANOS
T.O.R.

PLAZA CORPUS
BARGA, 4

28053 MADRID
TELÉF:
91-4770396

ESCUCHA 1

DIÁLOGO 2

PERDÓN 3

MISERI-
CORDIA 4

ENTENDI-
MIENTO 5

CEDER 6

DELICA-
DEZA 7

ORACIÓN 8

DIVORCIADOS

SEPARADOS

CREANDO ESPERANZA

La Iglesia

también

es tu casa

El necesario abrazo de la Iglesia



En los últimos años, la atención pastoral a los matrimonios fracasados en España, avanza con grandes dosis de comprensión y compasión en la Iglesia. El cambio es un giro importante y, sobre todo, una respuesta a los muchos llamamientos de importantes figuras eclesiales, para tener en cuenta el sufrimiento que padecen las personas, envueltas en tales circunstancias.

Cada caso es único

Durante el Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización, el purpurado de Basilea, **Félix Gmur**, ha vuelto a poner el foco sobre los divorciados católicos vueltos a casar. En el transcurso de un encuentro con periodistas, declaró:

“Hay que replantear la cuestión, porque cada caso es único. Yo conozco una pareja: están casados desde hace 50 años y ambos tienen en su pasado experiencias matrimoniales. ¿No cuentan nada estos 50 años? ¿Es una realidad solamente pecadora?”



**El papa jubila-
do Benedic-
to XVI**

*“No están fuera
de la Iglesia...
...“aunque no
puedan recibir la
absolución
eucarística, viven
plenamente en
la Iglesia”.*

**JESUCRISTO
NO EXCLUYE
A
NADIE.**



Tal vez la Iglesia debe imaginar un nuevo trato. Yo digo que se debe considerar seriamente este problema; también lo ha dicho el Papa”.

En concreto, la última vez, por ahora, fue durante la fiesta de las familias en el aeropuerto de Bresso, con motivo del encuentro convocado en Milán en junio pasado. Frente a la percepción muy extendida de la excomunión inapelable que pesa sobre estas personas, el jubilado Papa **Benedicto XVI** subrayó que, “no están

fuera de la Iglesia”, para añadir a continuación que, “aunque no puedan recibir la absolución eucarística, viven plenamente en la Iglesia”.

Es más, quiso poner énfasis en la atención pastoral necesaria: El contacto con un sacerdote, para ellos, puede ser igualmente importante, después de que sigan la liturgia eucarística real y participativa: si entran en comunión, pueden estar espiritualmente unidos a Cristo”.

Una pastoral prometedora

Estas palabras, que, suenan muy diferentes a las condenas y el rigor del pasado, refuerzan una línea pastoral prometedora como la puesta en marcha en el Arzobispado de Barcelona, al inicio del año 2012. La Delegación de Pastoral Familiar abrió un servicio expresamente denominado “de atención a las personas separadas y divorciadas”.

Con la mirada puesta en experiencias similares de Francia y, sobre todo, de Italia, el proyecto trata de ofrecer asistencia especializada y personalizada a aquellos creyentes que, sufren por un matrimonio en dificultades o,

definitivamente, arruinado, y acuden a la comunidad en busca de respuestas. En realidad, la iniciativa ha ido creciendo, poco a poco, hasta llegar a presentarse oficialmente. Desde unos meses antes, en la parroquia de Nuestra Señora de Nuria, en pleno centro de Barcelona, a escasos metros del Paseo de Gracia, el párroco **Santiago Bueno**, doctor en Derecho Canónico, además de catedrático de la Universidad de Barcelona, ideó con ayuda del responsable de la Pastoral Familiar de la Diócesis, el sacerdote **Manuel Claret**, y el experto en psicología del Instituto Vidal i Barraquer, el claretiano, **Antonio Gomis**, un servicio de atención a las muchas

personas que llegaban con su matrimonio en peligro o directamente fracasado.

El responsable de Medios de Comunicación del Arzobispado, **Ramón Ollé**, quien participa desde su comienzo en calidad de “escuchante y acompañante”, recuerda que, “todo empezó poco a poco; se atendía a una pareja o una persona, que se lo iba contando a otras personas en parecidas circunstancias”.

Ahora hay ya todo un equipo de ayuda psicológica, en su totalidad formado por mujeres voluntarias, y la idea es extender el programa a otras parroquias. Cada martes, Ollé dedica las tardes a realizar la acogida. El objetivo es con-

jugar la ayuda jurídica, el acompañamiento espiritual y la acogida cristiana, tratando de atender individualizadamente a cada persona, porque “cada uno es un mundo y, normalmente, las situaciones que viven son realmente duras”.



Hay que poner a Cristo en medio del matrimonio.

En algunos casos, desgraciadamente, con un dolor añadido a su traumática experiencia vital, por respuestas eclesiales inadecuadas, mal informadas o, excesivamente, rigoristas.

“Hay personas confundidas que se autoexcluyen de la Iglesia o rodeadas de un entorno próximo que les hacen sentirse fuera, cuando la realidad es que, forman parte, como bautizados, del cuerpo eclesial”, matiza Ollé. “Recuerdo a una señora que llevaba separada 20 años. Al vislumbrar el final de su vida, quería poner en orden su situación... No se había vuelto a casar.

Después de mucho escuchar y de confesarse, se sintió muy aliviada, hasta se puso a llorar”, rescata Ollé de su memoria.

La intensidad de estos encuentros le hacen decir al responsable de Comunicación del Arzobispado barcelonés que, este servicio, que sigue dedicando parte su tiempo, “es muy gratificante personalmente”. La parroquia pionera ha dado cobijo también a encuentros mensuales de oración de estas personas los primeros martes de cada mes, después de una pequeña conferencia.

La idea es extender la experiencia a cada vez más templos. Sencillamente se trata, según explica Ollé, de poner en práctica la parábola de la samaritana, donde **“se acoge, escucha y perdona sin entrar en detalles escabrosos de la vida del otro”**.

CAMBIO DE ACTITUD

El cambio de actitud de la Iglesia hacia los divorciados se hizo ya evidente al inicio del pontificado de Juan Pablo II, quien, en 1984, en el documento apostólico *Familiaris Consortio* - en el mismo artículo donde se reafirma la práctica general de “no admitir a la comunión eucarística a los divorciados que se casan otra vez” -, exhortó “vivamente a los pastores y a toda la comunidad de los fieles para que ayuden a los divorciados, procurando con solícita caridad que, no se consideren separados de la Iglesia, pudiendo y aun debiendo, en cuanto bautizados, participar en su vida”.

Precisamente a la “solícita caridad” recurre el misionero del Espíritu Santo **Rogelio Cárdenas** para explicar su dedicación, desde hace dos años, al grupo de personas separadas y divorciadas de la

Parroquia de Guadalupe, en Madrid: “Intentamos cumplir con la exhortación de Juan Pablo II y responder a la urgencia de acompañar, seguir y ofrecer un trato pastoral a las personas en esta situación.

Hay que tener en cuenta que sufren mucho y que llegan, en algunos casos, muy confundidas y mal asesoradas”. Los sepas, como cariñosamente se les conoce dentro de la parroquia, no forman una comunidad estable, como otras, sino que, en palabras de **Cárdenas**, configuran “un espacio amable para que estas personas se sientan acogidas cálida y caritativamente y puedan seguir dando testimonio de su fe. No es un grupo de terapia, ni un club social, sino más bien, una etapa para el acompañamiento humano y espiritual”.

Este proceso está previsto que no dure más de dos años,

un tiempo que parece suficiente para el necesario duelo y recompreensión de su experiencia, al que sigue la integración en otros grupos en marcha de la parroquia, o la continuación de la propia peripécia vital, lejos de los itinerarios pastorales ofrecidos. “No es un fin, sino un puente hacia una comunidad de vida más estable”, apunta el religioso.



No hay que llegar a una situación límite.

Juan Pablo II

“Hay que responder a la urgencia de acompañar, seguir y ofrecer un trato Pastoral a las personas en esta situación”

“NOS ENTENDEMOS SIN REPROCHES”

Pilar Saráchaga lleva 25 años escuchando a católicos con matrimonios fracasados que llegan buscando el abrazo reparador de la Iglesia. El Consejo Pastoral de la madrileña Parroquia de Guadalupe le encargó que, ella los acogiese. “Les entiendo, porque yo misma pasé por eso. Quienes hemos experimentado ese dolor nos entendemos sin reproches”, explica esta divorciada tras 19 años de matrimonio y cuatro hijos, en una época donde, el estigma social, era muy marcado.

Hoy acude a sus recuerdos con la tranquilidad que le otorga haber aprendido a convivir con esa experiencia. Aunque no siempre fue así. Afortunadamente, añade, “cuando la gente tiene cerca a personas que han pasado por eso, se vuelven menos rígidas y cambia su percepción”. Asegura que, “sólo puede hablar bien” de esta experiencia, que comenzó, cuando era “una mujer divorciada hacía varios años y llena de inquietud por afrontar el problema dentro de la Iglesia”.

El grupo inicial estaba formado por personas, según sus palabras, necesitadas de “consuelo, comprensión y compañía”. El misionero del Espíritu Santo, Sergio Delmar, participó en el comienzo para intentar responder a estas demandas, ayudando a mitigar el sufrimiento de muchas personas que, siguiendo el testimonio de Pilar Saráchaga, “nos sentíamos despreciadas en el seno de la Iglesia”.

Hoy es una de las dos coordinadoras del grupo, incluso han intentado llevar la experiencia a otras parroquias. Los proyectos impulsados, por su ejemplo, siguen en marcha en la del Perpetuo Socorro y la del Santísimo Redentor en Madrid, ambas confiadas a los redentoristas.

A otra generación distinta

pertenece Concha Badia, también divorciada. Por ello, en parte, puede decir: “Siempre me he sentido respaldada por la comunidad y acogida en mi pequeña iglesia”. Se separó a los 37 años, pero desde que tenía 18, forma parte de una comunidad de la Parroquia de Guadalupe.

No obstante, todavía se incomoda cuando oye a “sacerdotes de buen corazón - y lo digo sin ironía - banalizando sobre el matrimonio, intentando justificar el dolor que la iglesia causa en las personas separadas porque la gente se casa de forma irresponsable”.

Desde luego, asevera, no es su caso: “Nadie puede negarme que estuvimos seis años de novios y once años casados, que reflexionamos bien la decisión de tener hijos, que nos amamos cuanto supimos, que compartimos nuestra fe en una misma comunidad cristiana”. Y remata: “Y no, no fue para siempre”.

Con todo, afirma que, “gracias a la parroquia en la que estoy, no ha sido una experiencia traumática, más allá de lo terriblemente doloroso que fue separarse estando enamorada de quien ya no quería vivir conmigo ni seguir el proyecto de familia con nuestros dos hijos de 7 y 5 años”.

La herida está ahí, “permanece en mi corazón”, dice Concha. Es más, completa, le cuesta entender que, haya quien le dice que, puede anular su matrimonio:

“¿Qué les voy a contar, entonces, a mis hijos del amor con el que fueron engendrados, ese amor comprometido a los ojos de Dios Padre y Madre de ternura?”. Con todo, quiere dejar claro que “no se rehace la vida porque encuentres otra pareja. Se sigue adelante porque sanas tus heridas y porque Dios siempre tiene hermosos sueños para ti”.



Que se sientan queridos.